



H. P. Lovecraft

Al Otro Lado
de la Barrera
del Sueño

E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

AL OTRO LADO DE LA BARRERA DEL SUEÑO

H. P. LOVECRAFT

PUBLICADO: 1919
FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

Traducido al castellano por Elejandría desde su publicación original en inglés en 1938 en la revista *Weird Tales*, Volume 31, Issue 3

"¿Qué extrañas, espléndidas y a la vez terribles experiencias le ocurrieron al pobre montañero en las horas de sueño?" -La historia de un ser sobrenatural de Algol, el Demonio-Estrella

A menudo me he preguntado si la mayoría de la humanidad se detiene alguna vez a reflexionar sobre el significado, a veces titánico, de los sueños y del oscuro mundo al que pertenecen. Mientras que la mayoría de nuestras visiones nocturnas no son más que débiles y fantásticos reflejos de nuestras experiencias de vigilia -Freud, por el contrario, con su pueril simbolismo-, hay todavía un cierto número de ellas cuyo carácter inmundano y etéreo no permite una interpretación ordinaria, y cuyo efecto vagamente excitante e inquietante sugiere posibles vislumbres de una esfera de la existencia mental no menos importante que la vida física, aunque separada de esa vida por una barrera casi infranqueable. Por mi experiencia, no puedo dudar de que el hombre, cuando se pierde en la conciencia terrestre, se encuentra realmente en otra vida incorpórea de naturaleza muy diferente a la que conocemos, y de la que sólo quedan los recuerdos más leves e indistintos después de despertar. De esos recuerdos borrosos y fragmentarios podemos inferir mucho, pero probar poco. Podemos suponer que en los sueños la vida, la materia y la vitalidad, tal como la tierra conoce tales cosas, no son necesariamente constantes; y que el tiempo y el espacio no existen tal como los comprende nuestro ser despierto. A veces creo que esta vida menos material es nuestra vida más verdadera, y que nuestra vana presencia en el globo terráqueo es en sí misma el fenómeno secundario o meramente virtual.

Fue a partir de una reflexión juvenil llena de conjeturas de este tipo que me levanté una tarde del invierno de 1900-01, cuando a la institución estatal de psicopatía en la que trabajaba como interno fue traído el hombre cuyo caso me ha perseguido desde entonces sin cesar. Su nombre, tal como figura en los registros, era Joe Slater, o Slaader, y su aspecto era el del típico habitante de la región de las montañas de Catskill; uno de esos extraños y repelentes vástagos de una primitiva estirpe de campesinos coloniales, cuyo aislamiento durante casi tres siglos en los rincones montañosos de una campiña poco transitada les ha hecho hundirse en una especie de degeneración bárbara, en lugar de avanzar con sus hermanos más afortunados de los distritos densamente poblados. Entre esta extraña gente, que corresponde exactamente al elemento decadente de la "basura blanca" en el Sur, la ley y la

moral son inexistentes; y su estado mental general es probablemente inferior al de cualquier otro sector de la población nativa americana.

Joe Slater, que llegó a la institución custodiado por cuatro policías estatales, y que fue descrito como un personaje altamente peligroso, ciertamente no presentaba ninguna evidencia de su peligrosa disposición cuando lo vi por primera vez. Aunque superaba con creces la estatura media y era algo musculoso, daba una absurda apariencia de inofensiva estupidez por el pálido y somnoliento color azul de sus pequeños ojos llorosos, la escasez de su descuidada y nunca afeitada barba amarilla y la lánguida caída de su pesado labio inferior. Su edad era desconocida, ya que entre los de su clase no existen registros familiares ni vínculos familiares permanentes; pero por la calvicie de su cabeza en la parte delantera, y por la condición cariada de sus dientes, el cirujano jefe lo anotó como un hombre de unos cuarenta años.

A partir de los documentos médicos y judiciales nos enteramos de todo lo que se pudo reunir de su caso: Este hombre, vagabundo, cazador y trampero, siempre había sido extraño a los ojos de sus primitivos compañeros. Habitualmente dormía por la noche más allá de la hora ordinaria, y al despertar solía hablar de cosas desconocidas de una manera tan extraña que inspiraba temor incluso en los corazones de una población poco imaginativa. No es que su forma de hablar fuera inusual, ya que nunca hablaba más que en el degradado lenguaje de su entorno; pero el tono y el tenor de sus expresiones eran de tal misteriosa salvajada, que nadie podía escucharlas sin aprensión. Por lo general, él mismo estaba tan aterrorizado y desconcertado como sus oyentes, y una hora después de despertarse olvidaba todo lo que había dicho, o al menos todo lo que le había llevado a decir lo que decía; recayendo en una normalidad vacía y medio amigable como la de los demás habitantes de las colinas.

Al parecer, a medida que Slater envejecía, sus aberraciones matutinas habían aumentado gradualmente en frecuencia y violencia; hasta que aproximadamente un mes antes de su llegada a la institución había ocurrido la espeluznante tragedia que provocó su detención por las autoridades. Un día, cerca del mediodía, después de un profundo sueño iniciado en una borrachera de whisky a eso de las cinco de la tarde anterior, el hombre se había despertado repentinamente, con ululaciones tan horribles y sobrenaturales que llevaron a varios vecinos a su cabaña, una pocilga inmunda donde vivía con una familia tan indescriptible como él mismo. Se precipitó a la nieve,

levantó los brazos y comenzó a dar una serie de saltos hacia arriba en el aire, mientras gritaba su determinación de llegar a una "gran cabaña con brillo en el techo, las paredes y el suelo, y una música extraña y fuerte". Mientras dos hombres de tamaño moderado trataban de sujetarlo, él había luchado con fuerza y furia maníacas, gritando su deseo y necesidad de encontrar y matar a cierta "cosa que brilla y tiembla y ríe". Al final, después de abatir temporalmente a uno de los que le retenían con un golpe repentino, se había lanzado sobre el otro en un éxtasis demoníaco de sed de sangre, gritando diabólicamente que "saltaría en el aire y se abriría paso a través de cualquier cosa que le detuviera".

La familia y los vecinos habían huido en pánico, y cuando los más valientes regresaron, Slater había desaparecido, dejando tras de sí una cosa irreconocible parecida a la pulpa que había sido un hombre vivo apenas una hora antes. Ninguno de los montañeros se había atrevido a perseguirlo, y es probable que hubieran agradecido su muerte por el frío; pero cuando varias mañanas más tarde oyeron sus gritos desde un barranco lejano se dieron cuenta de que de alguna manera había conseguido sobrevivir, y que su traslado de una u otra forma sería necesario. Entonces se formó una partida de búsqueda armada, cuyo propósito (cualquiera que fuera el original) se convirtió en el de un pelotón de sheriff después de que uno de los raramente populares policías estatales lo observara por casualidad, luego lo preguntara y finalmente se uniera a los buscadores.

Al tercer día Slater fue encontrado inconsciente en el hueco de un árbol, y llevado a la cárcel más cercana, donde los alienistas de Albany lo examinaron tan pronto como recuperó sus sentidos. Les contó una historia sencilla. Según dijo, una tarde se había acostado a la caída del sol después de haber bebido mucho licor. Al despertarse, se encontró con las manos ensangrentadas en la nieve ante su cabaña, con el cadáver destrozado de su vecino Peter Slader a sus pies. Horrorizado, se había adentrado en el bosque en un vago esfuerzo por escapar de la escena de lo que debía ser su crimen. Más allá de estas cosas, no parecía saber nada, ni el experto interrogatorio de sus interrogadores pudo sacar un solo dato adicional.

Aquella noche Slater durmió tranquilamente, y a la mañana siguiente se despertó sin ningún rasgo singular, salvo una cierta alteración de la expresión. El doctor Barnard, que había estado observando al paciente, creyó notar en los pálidos ojos azules un cierto brillo singular, y en los flácidos la-

bios un apretamiento casi imperceptible, como de inteligente determinación. Pero al ser interrogado, Slater recayó en la vacuidad habitual del montañero, y sólo reiteró lo que había dicho el día anterior.

A la tercera mañana se produjo el primero de los ataques mentales del hombre. Después de alguna muestra de malestar en el sueño, estalló en un frenesí tan poderoso que se necesitaron los esfuerzos combinados de cuatro hombres para atarlo con una camisa de fuerza. Los alienistas escucharon con gran atención sus palabras, ya que su curiosidad había sido despertada a un alto nivel por las sugestivas pero en su mayoría conflictivas e incoherentes historias de su familia y vecinos. Slater deliró durante más de quince minutos, balbuceando en su dialecto de pueblo sobre edificios verdes de luz, océanos de espacio, música extraña y montañas y valles sombríos. Pero, sobre todo, se detuvo en una misteriosa entidad ardiente que se agitaba, reía y se burlaba de él. Esta vasta y vaga personalidad parecía haberle hecho un terrible daño, y matarla en una triunfante venganza era su principal deseo. Para alcanzarla, dijo, se elevaría a través de abismos de vacío, quemando todo obstáculo que se interpusiera en su camino. Así discurreó su discurso, hasta que con la mayor brusquedad cesó. El fuego de la locura desapareció de sus ojos, y con un sordo asombro miró a sus interrogadores y preguntó por qué estaba atado. R. Barnard desabrochó el arnés de cuero y no lo devolvió hasta la noche, cuando logró convencer a Slater de que se lo pusiera por su propia voluntad, por su propio bien. El hombre había admitido ahora que a veces hablaba de forma extraña, aunque no sabía por qué.

Al cabo de una semana aparecieron otros dos ataques, pero de ellos los médicos aprendieron poco. Especularon largamente sobre el origen de las visiones de Slater, ya que como no sabía leer ni escribir, y aparentemente nunca había oído una leyenda o un cuento de hadas, sus magníficas imágenes eran bastante inexplicables. El hecho de que no pudieran provenir de ningún mito o romance conocido quedaba especialmente claro por el hecho de que el desafortunado lunático se expresaba sólo a su manera. Deliraba sobre cosas que no entendía y que no podía interpretar; cosas que afirmaba haber experimentado, pero que no podía haber aprendido a través de ninguna narración normal o conectada. Los alienistas pronto estuvieron de acuerdo en que los sueños anormales eran la base del problema; sueños cuya viveza podía dominar por completo durante un tiempo la mente despierta de este hombre básicamente inferior. Con la debida formalidad, Slater fue juz-

gado por asesinato, absuelto por demencia e internado en la institución en la que yo ocupaba tan humilde puesto.

Ya he dicho que soy un constante especulador sobre la vida onírica, y por ello podéis juzgar el afán con que me apliqué al estudio del nuevo paciente tan pronto como hube comprobado plenamente los hechos de su caso. Parecía percibir en mí cierta simpatía, nacida sin duda del interés que no podía disimular, y de la suavidad con que le interrogaba. No es que me reconociera durante sus ataques, cuando me colgaba sin aliento de sus caóticos pero cósmicos dibujos de palabras; pero me conocía en sus horas tranquilas, cuando se sentaba junto a su ventana enrejada tejiendo cestas de paja y sauce, y quizás añorando la libertad de la montaña que nunca más podría disfrutar. Su familia nunca vino a verlo; probablemente había encontrado otra cabeza temporal, a la manera de la decadente gente de la montaña.

Poco a poco empecé a sentir un asombro abrumador ante las locas y fantásticas concepciones de Joe Slater. El hombre mismo era lamentablemente inferior tanto en mentalidad como en lenguaje; pero sus brillantes y titánicas visiones, aunque descritas en una bárbara jerga desarticulada, eran ciertamente cosas que sólo un cerebro superior o incluso excepcional podía concebir. ¿Cómo, me preguntaba a menudo, podía la imaginación de un degenerado de Catskill conjurar imágenes cuya posesión argumentaba una chispa de genio? ¿Cómo podía cualquier lerdo del bosque hacerse una idea de esos reinos brillantes del espacio y el resplandor excelsos sobre los que Slater despotricaba en su furioso delirio? Cada vez me inclinaba más a creer que en la lamentable personalidad que se encogía ante mí se encontraba el núcleo desordenado de algo que estaba más allá de mi comprensión; algo infinitamente más allá de la comprensión de mis colegas médicos y científicos más experimentados pero menos imaginativos.

Y, sin embargo, no pude extraer nada definitivo del hombre. El resumen de toda mi investigación fue que, en una especie de vida onírica semicorporal, Slater vagaba o flotaba por valles resplandecientes y prodigiosos, praderas, jardines, ciudades y palacios de luz, en una región ilimitada y desconocida para el hombre; que allí no era un campesino ni un degenerado, sino una criatura de importancia y de vida viva, que se movía con orgullo y de forma dominante, y que sólo era frenada por cierto enemigo mortal, que parecía ser un ser de estructura visible pero etérea, y que no parecía tener forma humana, ya que Slater nunca se refería a él como un mate, o como algo

más que una cosa. Esta cosa le había hecho a Slater algún daño espantoso pero sin nombre, que el maníaco (si es que lo era) anhelaba vengar.

Por la forma en que Slater aludía a sus tratos, juzgué que él y la cosa luminosa se habían encontrado en igualdad de condiciones; que en su existencia onírica el hombre era él mismo una cosa luminosa de la misma raza que su enemigo. Esta impresión se vio reforzada por sus frecuentes referencias a volar por el espacio y a quemar todo lo que le impedía avanzar. Sin embargo, estas concepciones estaban formuladas con palabras rústicas totalmente inadecuadas para transmitir las, circunstancia que me llevó a la conclusión de que si existía un verdadero mundo onírico, el lenguaje oral no era su medio de transmisión del pensamiento. ¿Podría ser que el alma del sueño que habitaba este cuerpo inferior se esforzara desesperadamente por decir cosas que la simple y vacilante lengua de la torpeza no podía pronunciar? ¿Podría ser que estuviera frente a emanaciones intelectuales que explicarían el misterio si pudiera aprender a descubrirlas y leerlas? No les conté estas cosas a los médicos más viejos, porque la mediana edad es escéptica, cínica y poco dispuesta a aceptar nuevas ideas. Además, el director de la institución me había advertido hace poco, a su manera paternal, que estaba trabajando demasiado; que mi mente necesitaba un descanso.

Hacía tiempo que creía que el pensamiento humano consistía básicamente en un movimiento atómico o molecular, convertible en ondas de éter de energía radiante como el calor, la luz y la electricidad. Esta creencia me había llevado a contemplar la posibilidad de la telepatía o la comunicación mental por medio de un aparato adecuado, y en mis días de estudiante había preparado un conjunto de instrumentos de transmisión y recepción algo similares a los aparatos de mala calidad empleados en la telegrafía sin hilos en ese período crudo, anterior a la radio. Los había probado con un compañero de estudios, pero al no obtener ningún resultado, los había guardado junto con otros cachivaches científicos para un posible uso futuro.

Ahora, en mi intenso deseo de indagar en la vida onírica de Joe Slater, busqué de nuevo estos instrumentos y pasé varios días reparándolos para la acción. Cuando estuvieron completos de nuevo, no perdí la oportunidad de probarlos. En cada estallido de violencia de Slater, ajustaba el transmisor a su frente y el receptor a la mía, haciendo constantemente delicados ajustes para diversas longitudes de onda hipotéticas de energía intelectual. No tenía mucha idea de cómo las impresiones del pensamiento, si se transmitían con

éxito, despertarían una respuesta inteligente en mi cerebro, pero estaba seguro de que podía detectarlas e interpretarlas. En consecuencia, continué mis experimentos, aunque sin informar a nadie de su naturaleza.

Fue el veintiuno de febrero de 1901 cuando ocurrió el hecho. Cuando miro hacia atrás, me doy cuenta de lo irreal que parece, y a veces me pregunto si el viejo doctor Fenton no tenía razón cuando lo atribuyó todo a mi excitada imaginación. Recuerdo que me escuchó con gran amabilidad y paciencia cuando se lo conté, pero después me dio un polvo para los nervios y organizó las vacaciones de medio año en las que partí la semana siguiente.

Aquella fatídica noche me sentí tremendamente agitado y perturbado, pues a pesar de los excelentes cuidados que había recibido, Joe Slater estaba inequívocamente moribundo. Tal vez era su libertad en la montaña lo que echaba de menos, o tal vez la agitación de su cerebro se había agudizado demasiado para su físico más bien perezoso; pero en cualquier caso la llama de la vitalidad parpadeaba débilmente en el cuerpo decadente. Se sentía somnoliento casi al final, y al caer la noche se sumió en un sueño agitado.

No le coloqué la camisa de fuerza, como era habitual cuando dormía, ya que vi que era demasiado débil para ser peligroso, incluso si se despertaba con desorden mental una vez más antes de fallecer. Pero coloqué sobre su cabeza y la mía los dos extremos de mi "radio" cósmica, esperando contra toda esperanza un primer y último mensaje del mundo de los sueños en el breve tiempo que quedaba. En la celda que nos acompañaba había un enfermero, un tipo mediocre que no entendía el propósito del aparato, ni pensaba en indagar sobre mi trayectoria. A medida que pasaban las horas, vi que su cabeza se inclinaba torpemente en el sueño, pero no le molesté. Yo mismo, arrullado por la rítmica respiración del hombre sano y del moribundo, debí asentir un poco más tarde.

El sonido de la extraña melodía lírica fue lo que me despertó. Acordes, vibraciones y éxtasis armónicos resonaban apasionadamente por todas partes, mientras que en mi vista extasiada estallaba el estupendo espectáculo de la belleza suprema. Paredes, columnas y arquivadas de fuego vivo resplandecían efusivamente alrededor del lugar donde yo parecía flotar en el aire, extendiéndose hacia arriba hasta una cúpula abovedada infinitamente alta de indescriptible esplendor. Junto a este despliegue de magnificencia palaciega, o mejor dicho, suplantándolo a veces en una rotación caleidoscópica, se

vislumbraban amplias llanuras y graciosos valles, altas montañas y grutas acogedoras, cubiertas con todos los atributos encantadores del paisaje que mis ojos encantados podían concebir, pero formadas en su totalidad por una entidad plástica brillante y etérea, que en consistencia tenía tanto de espíritu como de materia. Mientras miraba, percibí que mi propio cerebro tenía la clave de estas encantadoras metamorfosis, pues cada vista que aparecía era la que mi cambiante mente más deseaba contemplar. En medio de este reino elisiano no habitaba como un extraño, pues cada vista y cada sonido me eran familiares; tal como lo habían sido durante incontables eones de eternidad antes, y lo serían durante eternidades similares por venir.

Entonces el aura resplandeciente de mi hermano de luz se acercó y mantuvo un coloquio conmigo, de alma a alma, con un silencioso y perfecto intercambio de pensamientos. La hora era de triunfo inminente, pues ¿no estaba mi semejante escapando por fin de una degradante esclavitud periódica; escapando para siempre, y preparándose para seguir al maldito opresor hasta los campos más lejanos del éter, para que sobre él se produjera una ardiente venganza cósmica que hiciera temblar las esferas? Flotamos así durante un rato, cuando percibí un ligero desenfoco y desvanecimiento de los objetos que nos rodeaban, como si alguna fuerza me recordara a la tierra, donde menos deseaba ir. La forma cercana a mí pareció sentir también un cambio, pues poco a poco fue concluyendo su discurso y se preparó para abandonar la escena, desvaneciéndose de mi vista a un ritmo algo menos rápido que el de los otros objetos. Se intercambiaron algunos pensamientos más, y supe que el luminoso y yo estábamos siendo llamados a la servidumbre, aunque para mi hermano de luz sería la última vez. El triste caparazón del planeta estaba casi gastado, y en menos de una hora mi compañero sería libre para perseguir al opresor a lo largo de la Vía Láctea y más allá de las estrellas hasta los confines del infinito.

Una conmoción bien definida separa mi impresión final de la escena de luz que se desvanece de mi repentino y algo avergonzado despertar y enderezarme en mi silla al ver que la figura moribunda en el sofá se movía vacilante. Joe Slater se estaba despertando, aunque probablemente por última vez. Al mirar más de cerca, vi que en las pálidas mejillas brillaban manchas de color que nunca antes habían estado presentes. También los labios parecían inusuales, pues estaban fuertemente comprimidos, como por la fuerza

de un carácter más fuerte que el de Slater. Finalmente, todo el rostro comenzó a ponerse tenso y la cabeza se volvió inquieta con los ojos cerrados.

No desperté a la enfermera dormida, sino que reajusté las cintas ligeramente desordenadas de mi "radio" telepática, con la intención de captar cualquier mensaje de despedida que el soñador tuviera que entregar. De repente, la cabeza se giró bruscamente en mi dirección y los ojos se abrieron, haciéndome mirar con asombro lo que veía. El hombre que había sido Joe Slater, el decadente de Catskill, me miraba ahora con un par de ojos luminosos y expansivos cuyo azul parecía haberse profundizado sutilmente. Ni la manía ni la degeneración eran visibles en esa mirada, y sentí sin lugar a dudas que estaba viendo un rostro detrás del cual yacía una mente activa de alto nivel.

En esta coyuntura, mi cerebro se dio cuenta de una constante influencia externa que operaba sobre él. Cerré los ojos para concentrar mis pensamientos más profundamente, y fui recompensado por el conocimiento positivo de que mi mensaje mental largamente buscado había llegado por fin. Cada idea transmitida se formó rápidamente en mi mente, y aunque no se empleó un lenguaje real, mi asociación habitual de concepción y expresión fue tan grande que me pareció recibir el mensaje en inglés ordinario.

"Joe Slater ha muerto", llegó la voz de una agencia que penetraba en el alma desde más allá del muro del sueño. Mis ojos abiertos buscaron el sofá del dolor con curioso horror, pero los ojos azules seguían mirando con calma, y el semblante seguía inteligentemente animado. "Es mejor que esté muerto, pues no era apto para soportar el intelecto activo de la entidad cósmica. Su cuerpo bruto no podía someterse a los ajustes necesarios entre la vida etérea y la vida planetaria. Era demasiado animal, demasiado poco hombre; sin embargo, es a través de su deficiencia que has venido a descubrirme, pues las almas cósmicas y planetarias, por derecho, nunca deberían encontrarse. Ha estado en mi tormento y prisión diurna durante cuarenta y dos de vuestros años terrestres.

"Soy una entidad como aquella en la que tú mismo te conviertes en la libertad del sueño sin sueños. Soy tu hermano de luz, y he flotado contigo en los valles refulgentes. No se me permite hablar a tu yo terrestre despierto de tu verdadero yo, pero todos somos vagabundos de vastos espacios y viajeros en muchas edades. El próximo año puedo estar habitando en el Egipto

que tú llamas antiguo, o en el cruel imperio de Tsan Chan que vendrá dentro de tres mil años. Tú y yo hemos ido a la deriva a los mundos que se tambalean alrededor del rojo Arcturus, y hemos habitado en los cuerpos de los insectos-filósofos que se arrastran con orgullo sobre la cuarta luna de Júpiter. ¡Qué poco conoce la tierra la vida y su extensión! ¡Qué poco debería saber para su propia tranquilidad!

"Del opresor no puedo hablar. Vosotros, en la tierra, habéis sentido involuntariamente su lejana presencia, vosotros que, sin saberlo, habéis dado al faro parpadeante el nombre de Algol, la Estrella Demonio. Esta noche voy como una Némesis portadora de una justa y ardiente venganza cataclísmica. Obsérvame en el cielo, cerca de la Estrella-Demonio.

"No puedo hablar más tiempo, pues el cuerpo de Joe Slater se enfría y se pone rígido, y los toscos cerebros dejan de vibrar como yo quiero. Tú has sido mi único amigo en este planeta, la única alma que me ha sentido y buscado dentro de la forma repelente que yace en este sofá. Nos encontraremos de nuevo, tal vez en las brillantes nieblas de la Espada de Orión, tal vez en una sombría meseta del Asia prehistórica, tal vez en sueños no recordados esta noche, tal vez en alguna otra forma dentro de un eón, cuando el sistema solar haya sido barrido".

En este punto, las ondas de pensamiento cesaron abruptamente, y los pálidos ojos del soñador -¿o puedo decir hombre muerto? Con medio estupor, me acerqué al sofá y le palpé la muñeca, pero la encontré fría, rígida y sin pulso. Las cetrinas mejillas palidieron de nuevo y los gruesos labios se abrieron, revelando los repugnantes colmillos podridos del degenerado Joe Slater. Me estremecí, tiré de una manta sobre el horrible rostro y desperté a la enfermera. Luego salí de la celda y me dirigí en silencio a mi habitación. Tuve un anhelo instantáneo e inexplicable de un sueño cuyos sueños no debía recordar.

¿El clímax? ¿Qué relato científico puede presumir de tal efecto retórico? Me he limitado a exponer ciertas cosas que me atraen como hechos, permitiéndole a usted interpretarlas como quiera. Como ya he admitido, mi superior, el viejo doctor Fenton, niega la realidad de todo lo que he relatado. Asegura que yo estaba destrozado por la tensión nerviosa y que necesitaba urgentemente las largas vacaciones con sueldo completo que tan generosamente me concedió. Me asegura, por su honor profesional, que Joe Slater

no era más que un paranoico de bajo grado, cuyas fantásticas nociones debían proceder de los burdos cuentos populares hereditarios que circulaban incluso en las comunidades más decadentes. Todo esto me lo cuenta él, pero no puedo olvidar lo que vi en el cielo la noche siguiente a la muerte de Slater. Para que no me consideren un testigo tendencioso, otra pluma debe añadir este último testimonio, que tal vez proporcione el clímax que esperan. Citaré el siguiente relato de la estrella Nova Persei textualmente de las páginas de esa eminente autoridad astronómica, el profesor Garrett P. Serviss:

"El 22 de febrero de 1901, el doctor Anderson, de Edimburgo, descubrió una nueva y maravillosa estrella, no muy lejos de Algol. Ninguna estrella había sido visible en ese punto antes. En veinticuatro horas la desconocida se había vuelto tan brillante que eclipsaba a Capella. En una o dos semanas se había desvanecido visiblemente, y en el curso de unos pocos meses apenas era discernible a simple vista".

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**